

paso de la violencia o de la ofuscación. Estoy tentado incluso a disculpar a estos apasionados. Ser víctima de una pasión política, sobre todo cuando, repito, la mirada de estos apasionados no abarca a todos los desdichados de la Tierra sino tan sólo a la mitad de ellos, es ciertamente una desgracia, y más aún en tiempos como los actuales, en que la parte defendida muestra ya, cotidiana y claramente, que es absolutamente indefendible. Opino, de verdad, que hay ya un nivel de angustia, digna de cierta compasión, en estos esforzados que llevan en los hombros una carga imposible de soportar para cualquier conciencia; en estos patéticos funámbulos que cruzan el alambre constantemente en riesgo de precipitarse al vacío, precisamente porque ese alambre es agitado por el bloque al que defienden de forma testaruda, haciéndoles difícil mantener un equilibrio ya precario. Esta pasión funámbula, esta pasión política, quizá disculpa, por lo menos en cierto modo, esa «paraplejía moral», esa «paralización del lado izquierdo» (las expresiones son de Jorge Edwards) con que tales apasionados descargan su desazón contra los espíritus independientes cuya ética es estereofónica porque se niega a seleccionar el terror, la explotación o la desgracia. Pero incluso aceptando que la pasión es un atenuante (como, ya lo dijimos, lo es también el exilio) no por ello deja de ser, muy a menudo, injusta. Y en estos tiempos últimos ha habido —y hay— dos pasiones políticas, una internacional (el comunismo, de obediencia soviética, o prochina o trotskista) y otra localizada (el peronismo, de ultraizquierda o de ultraderecha) que, obviamente, no pueden digerir al Sábato civil. Del fenómeno peronista, uno de los movimientos populistas más complejos de la historia política de los tiempos modernos, no es posible ya aquí hablar con extensión —si es que mucha extensión pudiera ser suficiente para poner en claro a este suceso histórico tan desgarrado, contradictorio, y tan escasamente comprensible—. Baste con señalar que en las filas del peronismo hubo sindicalistas de la extrema derecha; que hubo también, y simultáneamente, muchachos con ideas de extrema izquierda, de los que muchos se integraron a la guerrilla revolucionaria, y mataron, y fueron torturados y masacrados; y que, a la vez, en las filas del peronismo se integraron hombres y mujeres demócratas, respetuosos de la libertad de su pueblo: lo que pudiéramos llamar peronistas entre dos fuegos. Baste con recordar que el día en que Perón, desde su exilio de Madrid, regresó a Buenos Aires, el líder aterrizaba en un aeropuerto distinto al anunciado, mientras en el de Ezeiza, y ante el asombro y el horror de millones de ciudadanos que habían acudido desde todos los puntos del país para vitorear a su caudillo (quien con astucia, o premedita-

ción, o cobardía, quizá nunca se sepa, dio a todos esquinazo), los peronistas de derecha dispararon contra peronistas de izquierda, convirtiendo esa fiesta de recepción en una huerta macabra de centenares de cadáveres. Baste, en fin, con saber, que hace muy pocos meses, en una concentración política que congregó a miles de peronistas, hubo una especie de batalla campal entre ellos mismos, cuando el enemigo común era la dictadura militar. A esto es a lo que llamo las pasiones políticas. Supongo que son esas pasiones las que a veces empujan la lengua de algunos críticos de Sábato. Sábato para mí no es un dios. Es algo menos altisonante y más operativo: es un maestro. Y a todo maestro (es una de las cosas que ellos mismos enseñan) se le puede criticar y desobedecer. Lo que me llena de tristeza y, con frecuencia, de indignación, es que la crítica se transforme en insulto, o falsee al criticado: que la pasión política no tenga a veces contención al mirar la cara de los hombres. Recuerdo en este instante, y no voy a omitir el consignar ese recuerdo, un caso ilustrativo que sucedió hace años. Por los años sesenta, tras unos veinte de prisión en España por comunista, salió libre un viejo mexicano. Se llamaba Manuel de la Escalera. Lo conocí en Madrid, recién llegado él de la negrura de un encierro tan dilatado, en el que no faltaron, al principio, ni la condena a muerte ni el simulacro de la ejecución, ni, por supuesto, la tortura. Tenía debilitado todo el sistema digestivo y se hacía sus comidas en un hornillito de gas que la patrona le consentía tener en la pensión. Al poco tiempo de su libertad, su visión personal, directa, de la realidad política y social española comenzó a disentir de lo que establecían las consignas y el programa de su partido. El resultado de esta confrontación en la interpretación de la realidad española fue que la mayoría de sus camaradas le cerraron las puertas. Como si fuera un apestado. Enfermo y viejo, resolvió viajar a París a ganarse la vida. Le di unas direcciones. Entre ellas, la del poeta Carlos Edmundo de Ory. Al llegar a París, su peste (su independencia) ya le había precedido. Las puertas de sus camaradas de París estaban atrancadas por dentro. Sólo esa especie de chiquillo travieso y sabio que es Ory, sólo ese delicado y fraternal anarquista lírico, inofensivo y amoroso, le abrió su casa, su corazón, su risa. El le ayudó a encontrar algún trabajo con el que pudiera comer lo poco que comía y alimentar de gas su hornito. Manuel de la Escalera, en su lejana juventud, había luchado por la revolución en México; luego se vino a España a defender a la República; fue encarcelado, atormentado y casi destruido; salió libre, opinó y fue declarado apestado. A esto es a lo que llamo las pasiones políticas. Todo en la vida suele tener explicación